

**Ángel Ramírez y Ernesto Ganuza**

Sociólogo del IESA-CSIC e Investigador del IESA-CSIC

## 15M: la ira justa

**R**esulta difícil hablar del 15-M. El propio movimiento se identifica con su filiación apartidista y al margen de cualquier organización, no es fácil por ello adscribir este movimiento con ningún otro. El filósofo catalán Manuel Cruz, hablando sobre el valor político de las emociones, denominaba al movimiento de los indignados como el de la ira justa. Normalmente desconfiamos de las expresiones políticas basadas en los sentimientos, pero en esta ocasión tanto las formas como las razones parecen haber recibido el visto bueno de la mayoría de la ciudadanía (el 70% dice compartir sus reivindicaciones). Si algo caracteriza al 15-M ha sido su capacidad para romper las barreras de la militancia e implicar en el movimiento a un número considerable de ciudadanos, que hasta ese momento no formaban parte activa de ninguna organización. Quizás sea todavía pronto para valorar el alcance del movimiento (su carácter viral, originalidad mediática y organizativa y, sobre todo, su eficacia), pero sí podemos reflexionar sobre las circunstancias que han podido provocar esta expresión global de descontento.

La realidad socioeconómica que vivimos es hija de los procesos reformadores que surgieron con el denominado Consenso de Washington, internacionalmente conocidos a partir de las administraciones de Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Esta respuesta conservadora a la globalización de los mercados (desregulación, privatización de empresas públicas y reforma impositiva) se ha visto acompañada de crecimiento económico, pero también de un aumento de las desigualdades, mejorando las retribuciones del capital frente a las del trabajo. Muy probablemente, parte de los indignados sean damnificados por estos cambios. En España este escenario se ha concretado en una fuerte dualización del mercado de trabajo, de forma que, en torno al 25% de los trabajadores empleados (fundamentalmente jóvenes y mujeres), sufren precariedad laboral, y paro en torno a un 20% de la población activa, frente al resto, con situaciones al menos de relativa estabilidad. Aquí están, de nuevo, nuestros indignados e indignadas.

La desigualdad económica parece estar en el sustrato de la emergencia de esta respuesta global, como rezan algunas de las consignas más populares del movimiento: "No somos mercancías en manos de políticos y banqueros". Ahora

bien, esta desigualdad adquiere un tono descollante porque entra en contradicción con una exigencia de equidad cada vez más asentada en el ámbito político. Creemos ver aquí una contradicción de fondo entre la lógica económica y la sociopolítica, en la que se toman por legítimas nuevas demandas de derechos que superan con mucho las antiguas definiciones formales de libertad e igualdad. Esta disonancia no es coyuntural y seguro que nos dará nuevas noticias. Siguiendo con las motivaciones políticas, los dis-

danos cuestionen los criterios que guían las políticas públicas por injustos, poco transparentes o sesgados. Nueva cultura y tecnologías sin las que tampoco se puede entender la extensión, riqueza y efectividad del movimiento. A estas posibilidades tecnológicas hay que sumar que probablemente sea la primera vez en la historia de Occidente (incluimos aquí los sectores occidentalizados de Oriente) que las personas con dificultades económicas tienen tantos recursos formativos, cognitivos y relacionales. Si a este sustra-



**Es la primera vez en la historia de Occidente que las personas con dificultades económicas tienen tantos recursos formativos y cognitivos**

curso de los indignados cuestionan la validez del modelo de democracia representativa tal y como se ha desarrollado desde los años 70 del pasado siglo hasta nuestros días. El sistema representativo en el que la participación, las elecciones directas, los referendums y las evaluaciones continuas de la gestión pública son más la excepción que la norma chocan con una nueva cultura en torno al mundo digital caracterizada por la horizontalidad, la ausencia de jerarquías y el *coworking*. La deliberación entre iguales emana de forma natural en estas redes digitales, lo que hace que muchos ciuda-

to de crecimiento de la desigualdad y alta competencia de sectores precarizados añadimos una dura crisis económica que ha visualizado obscuramente el mundo de la banca de inversión y, especialmente en España, un goteo constante de casos de corrupción política, tenemos la fórmula magistral para que 2011 se haya convertido en el año de la protesta global.

Una protesta que cristalizó en 50 ciudades españolas el 15 de mayo pero que tuvo antecedentes como las revueltas en Grecia y, sobre todo, la denominada Primavera Árabe, y consecuencias en prácticamente todo el mundo, incluyendo Estados Unidos. Un virus, frente a lo que se ha dicho, radicalmente político, que exige a la política que haga bien su trabajo, que represente a la ciudadanía y no se alíe con los mercados contra ella. Un virus, como nuestras gripes estacionales, que estará en estos momentos mutando para presentarse de nuevo cuando menos lo esperemos.